

G. K. CHESTERTON

LOS RELATOS
DEL PADRE BROWN

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MIGUEL TEMPRANO GARCÍA

BARCELONA 2008



A C A N T I L A D O

Publicado por:
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U., Sociedad Unipersonal
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© The Royal Literary Fund
© de la traducción, 2008 by Miguel Temprano García
© de la imagen de cubierta, Keystone.
Colección Hulton Archive. Getty Images
© de esta edición, 2008 by Quaderns Crema, S.A.U.

Todos los derechos reservados:
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-96834-89-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 2.671-2009

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión*
BARÓ *Encuadernación*

PRIMERA REIMPRESIÓN *enero de 2009*
SEGUNDA EDICIÓN *diciembre de 2008*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Nota a esta edición

8

EL CANDOR DEL PADRE BROWN

I. La cruz azul	11
II. El jardín secreto	35
III. Unos pasos extraños	60
IV. Las estrellas fugaces	84
V. El hombre invisible	101
VI. El honor de Israel Gow	122
VII. La forma anómala	141
VIII. Los pecados del príncipe Saradine	163
IX. El martillo de Dios	187
X. El ojo de Apolo	208
XI. El cartel de la espada rota	228
XII. Las tres herramientas de la muerte	250

LA SAGACIDAD DEL PADRE BROWN

I. La ausencia del señor Glass	269
II. El paraíso de los ladrones	288
III. El duelo del doctor Hirsch	309
IV. El hombre del pasadizo	328
V. El error de la máquina	349
VI. La cabeza de César	368
VII. La peluca purpúrea	387
VIII. Las muertes de los Pendragon	402
IX. El dios de los gongs	425
X. La ensalada del coronel Cray	444

XI. El extraño crimen de John Boulnois	461
XII. El cuento de hadas del padre Brown	480

LA INCREDULIDAD DEL PADRE BROWN

I. La resurrección del padre Brown	499
II. La flecha del cielo	520
III. El oráculo del perro	549
IV. El milagro del creciente de la luna	574
V. La maldición de la cruz de oro	603
VI. El puñal alado	634
VII. La perdición de los Darnaway	660
VIII. El fantasma de Gideon Wise	689

EL SECRETO DEL PADRE BROWN

El secreto del padre Brown	715
I. El espejo del magistrado	725
II. El hombre de las dos barbas	748
III. La canción del pez volador	772
IV. El actor y la coartada	795
V. La desaparición de Vaudrey	817
VI. El peor crimen del mundo	840
VII. La luna roja de Meru	859
VIII. El dolor de Marne	880
El secreto de Flambeau	906

EL ESCÁNDALO DEL PADRE BROWN

I. El escándalo del padre Brown	917
II. El rápido	937
III. El poder maléfico del libro	964
IV. El hombre verde	981
V. La persecución del señor azul	1005
VI. El crimen del comunista	1026

VII. La punta de un alfiler	1048
VIII. El caso insoluble	1072
La vampiresa del pueblo	1093

TÍTULOS NO INCLUIDOS
EN NINGUNA COLECCIÓN

El caso Donnington	1117
El padre Brown resuelve el caso Donnington	1138
La máscara de Midas	1154

I

LA CRUZ AZUL

Entre la cinta plateada de la mañana y la cinta verde y resplandeciente del mar, el barco arribó a Harwich y soltó, como si fueran moscas, a un enjambre de gente entre la que el hombre a quien debemos seguir no destacaba lo más mínimo..., ni tampoco lo pretendía. No tenía nada de particular, salvo un leve contraste entre la alegría vacacional de su atuendo y la seriedad oficial de su rostro. Vestía una chaqueta fina de color gris pálido, un chaleco blanco y un sombrero de paja plateado con una cinta de color azul grisáceo. Su rostro delgado parecía moreno por contraste y terminaba en una barba negra bien recortada de aspecto español que recordaba una gorguera isabelina. Estaba fumando un cigarrillo con la seriedad de un ocioso. Nada hacía sospechar el hecho de que la chaqueta gris ocultase un revólver cargado, el chaleco blanco una placa de policía o el sombrero de paja uno de los intelectos más poderosos de Europa. Y es que se trataba del mismísimo Valentin, el jefe de la policía de París y el investigador más famoso del mundo, llegado a Londres desde Bruselas para realizar el mayor arresto del siglo.

Flambeau estaba en Inglaterra. La policía de tres países había seguido por fin el rastro del gran criminal desde Gante hasta Bruselas, y desde allí hasta el Hoek van Holland, y se conjeturaba que aprovecharía el desconcierto y la confusión producidos por el Congreso Eucarístico que estaba celebrándose en Londres. Probablemente, viajaría haciéndose pasar por algún clérigo de poca monta o por su secretario. Pero, por supuesto, Valentin no podía estar seguro, nadie podía estarlo tratándose de Flambeau.

Hace ya mucho que este coloso del crimen dejó de pronto de tener al mundo pendiente de sus fechorías, y cuando lo hizo, se produjo, como dicen que ocurrió tras la muerte de Rolando, un gran silencio sobre la Tierra. Pero en sus mejores tiempos (y me refiero, por supuesto, a los peores) Flambeau fue una figura tan monumental e internacional como el Káiser. Casi todas las mañanas, los diarios anunciaban que había escapado a las consecuencias de algún crimen extraordinario tras cometer algún otro. Era un gascón de una estatura y osadía gigantescas, y se contaban las historias más descabelladas sobre sus estallidos de humor atlético, cómo había puesto cabeza abajo al *juge d'instruction* «para que se le aclarasen las ideas», cómo había recorrido la Rue de Rivoli con un policía bajo cada brazo. Para hacerle justicia, hay que reconocer que por lo general empleaba su fantástica fuerza física en estas escenas incruentas y humillantes, y que sus auténticos crímenes eran sobre todo robos ingeniosos y productivos. Pero cada uno de sus robos casi era un nuevo pecado y su historia podría contarse por separado. Fue él quien dirigió la gran Compañía Lechera del Tirol en Londres, sin lecherías, ni vacas, ni carretas, ni leche, aunque con cerca de mil clientes a quienes servía mediante la sencilla operación de cambiar las botellas de leche de las puertas de la gente a las puertas de sus propios parroquianos. Era él quien había mantenido una inexplicable e íntima correspondencia con una joven cuyo buzón estaba vigilado, mediante el extraordinario truco de fotografiar sus mensajes infinitesimalmente pequeños sobre el portaobjetos de un microscopio. No obstante, muchos de sus experimentos eran de una sencillez abrumadora. Se dice que en una ocasión repintó todos los números de una calle en plena noche sólo para tenderle una trampa a un viajero. Está demostrado que inventó un buzón de correos portátil que dejaba en las esquinas de barrios tranquilos con la esperanza de que algún extraño depositara en él un giro postal. Por último, era conocido por

ser un acróbata consumado; pese a su corpulencia, era capaz de brincar como un saltamontes y de fundirse con las copas de los árboles como un mono. Por eso el Gran Valentin, cuando partió en busca de Flambeau, era muy consciente de que sus aventuras no terminarían cuando lo encontrase.

Pero ¿cómo encontrarlo? Las ideas del Gran Valentin todavía estaban en proceso de asentamiento.

Había algo que Flambeau, pese a toda su habilidad para el disfraz, no podía ocultar, y eso era su excepcional estatura. Si el ojo inquisitivo de Valentin hubiese visto una frutera alta, un granadero alto, o incluso una duquesa pasablemente alta, podría haberlos arrestado allí mismo. Pero entre los que le rodeaban no había nadie que pudiese ser Flambeau disfrazado más de lo que un gato podría ser una jirafa disfrazada. Ya se había asegurado de la gente del barco, y los que habían subido al tren en Harwich, o durante el viaje, ascendían con total seguridad a seis. Había un empleado bajito de ferrocarriles que se dirigía a la última estación, tres jardineros no muy altos que subieron dos estaciones más adelante, una viuda muy bajita de una pequeña ciudad de Essex y un cura católico y romano muy bajito de un pequeño pueblo de Essex. Cuando llegó a este último, Valentin lo dio por imposible y casi se echó a reír. Aquel cura tan bajito era la esencia de los llanos del Este: tenía la cara tan redonda y obtusa como un budín de Norfolk, sus ojos estaban tan vacíos como el mar del Norte, llevaba varias bolsas de papel de estraza que no era capaz de sujetar al mismo tiempo. Sin duda, el Congreso Eucarístico había absorbido de su estancamiento local a muchas criaturas semejantes, tan ciegas e indefensas como topos desenterrados. Valentin era un escéptico al estilo severo de Francia y no tenía simpatía por los curas. Pero le inspiraban lástima, y éste le habría inspirado lástima a cualquiera. Llevaba un paraguas grande y raído que se le caía al suelo constantemente. No parecía distinguir el billete de ida del de vuelta. Explicaba con una simplicidad anormal

a todos los ocupantes del vagón que tenía que ir con cuidado porque llevaba una cosa de plata auténtica «con piedras azules» en una de sus bolsas de papel de estraza. Su extraña mezcla de la llaneza de Essex y una simplicidad de santo siguió divirtiendo al francés hasta que el cura llegó (quién sabe cómo) a Stratford con todos sus paquetes y luego volvió a buscar su paraguas. Cuando hizo esto último, Valentin incluso tuvo la amabilidad de advertirle que no cuidase de la plata hablándole a todo el mundo de ella. Pero hablase con quien hablase, Valentin seguía ojo avizor: observaba fijamente a cualquiera, rico o pobre, hombre o mujer, que midiera al menos un metro ochenta, pues Flambeau medía diez centímetros más.

No obstante, se apeó en Liverpool Street bastante convencido de no haberle echado la vista encima al criminal hasta ese momento. Se dirigió a Scotland Yard para regularizar su situación y solicitar ayuda en caso de que fuese necesaria, luego encendió otro cigarrillo y se fue a dar un largo paseo por las calles de Londres. Al llegar a las calles y plazas que hay detrás de la estación Victoria, se detuvo de pronto y se quedó allí plantado. Era una plaza tranquila y pintoresca, típicamente londinense, en la que reinaba una quietud desacostumbrada. Las casas sobrias y altas de alrededor parecían prósperas y deshabitadas al mismo tiempo, el macizo de arbustos del centro parecía tan desierto como un islote verde del Pacífico. Uno de los cuatro lados era mucho más alto que el resto, como un estrado, y la línea por esa parte la interrumpía uno de los accidentes admirables de Londres: un restaurante que parecía haberse extraviado del Soho. Era un objeto irrazonablemente atractivo, con plantas enanas en macetas y largas persianas pintadas a rayas de color blanco y amarillo limón. Estaba a una altura considerable sobre la calle, y, con el habitual estilo abigarrado de Londres, un tramo de escalones subía desde la calle hasta la puerta de entrada, casi como treparía una escalera de incen-

dios hasta la ventana del primer piso. Valentin se quedó fumando frente a las persianas blancas y amarillas, y las observó durante un buen rato.

Lo más increíble de los milagros es que ocurren. Unas cuantas nubes en el cielo se juntan para formar un expectante ojo humano. Un árbol se perfila en el paisaje de un viaje incierto con la forma exacta y elaborada de un signo de interrogación. Yo mismo he visto ambas cosas en estos últimos días. Nelson muere en el preciso instante de la victoria y un hombre llamado Williams asesina por accidente a otro llamado Williamson, de modo que parece una especie de infanticidio.¹ En suma, la vida tiene un elemento de diabólica coincidencia que las personas demasiado inclinadas hacia lo prosaico no llegarán a percibir nunca. Tal como lo expresó muy bien Poe con su paradoja, la sabiduría tendría que contar con lo imprevisto.

Aristide Valentin era insondablemente francés, y la inteligencia francesa es única y exclusivamente inteligencia. No era una «máquina de pensar», pues ésa es una frase estúpida del fatalismo y el materialismo modernos. Una máquina sólo es una máquina porque no es capaz de pensar. Él era un pensador y, al mismo tiempo, era un hombre directo. Todos sus grandes éxitos, que parecían cosa de magia, los había logrado gracias a una lógica meticulosa y al modo de pensar claro y común de los franceses. Los franceses electrizan al mundo no ideando una paradoja, sino poniendo en práctica una perogrullada. Llevan una perogrullada hasta las últimas consecuencias, como en el caso de la Revolución francesa. Pero precisamente porque Valentin comprendía la razón, entendía los límites de la razón. Sólo quien no tiene ni idea de motores habla de conducir sin gasolina, sólo quien

¹ Se trata de un juego de palabras intraducible: el apellido inglés «Williamson» significa «Hijo de Williams». (*Todas las notas a pie de página son del traductor*).

no está familiarizado con la razón pretende razonar sin unos principios básicos sólidos e indiscutibles. Ahora carecía de principios básicos sólidos. Había perdido a Flambeau en Harwich y, suponiendo que estuviera en Londres, podía ser cualquiera, desde un vagabundo alto en Wimbledon Common hasta un maestro de ceremonias alto en el hotel Metro-pole. En semejantes estados desnudos de nesciencia, Valentin tenía opiniones y métodos propios.

En casos así, contaba con lo imprevisto. En casos así, en los que no podía seguir la secuencia de lo razonable, seguía, fría y cuidadosamente, la secuencia de lo irrazonable. En vez de frecuentar los sitios adecuados: bancos, comisarías de policía, centros de reunión..., acudía sistemáticamente a los lugares inadecuados: llamaba a la puerta de las casas vacías, subía por callejones sin salida, bajaba por callejas obstruidas por la basura, rodeaba por plazuelas que le apartaban inútilmente del camino. Defendía aquel absurdo recorrido de una manera muy lógica. Decía que si uno tenía una pista, aquél era el peor sistema, pero que si no tenía ninguna, era el mejor, porque cabía la posibilidad de que alguna peculiaridad que llamase la atención del perseguidor fuese la misma que hubiese llamado la atención del perseguido. Por alguna parte había que empezar, y, ya puestos, era mejor hacerlo justo donde pudiese haber terminado el otro. Algo de aquel tramo de escalones, algo de la quietud y lo pintoresco del restaurante despertó la rara fantasía romántica del detective y le impulsó a actuar sin pensárselo dos veces. Subió los escalones, se sentó junto a la ventana y pidió un café solo.

Era media mañana y aún no había desayunado; en la mesa estaban los escasos restos de otros desayunos para recordarle que tenía hambre, así que añadió un huevo escalfado a su pedido y procedió a echar con aire distraído un poco de azúcar en el café sin dejar de pensar en Flambeau. Recordaba cómo Flambeau se había escapado en una ocasión gracias a unas tijeras, en otra a una casa en llamas, en otra

por tener que pagar el sello de una carta y en otra tras vencer a la gente de que mirasen por un telescopio para ver un cometa capaz de destruir el mundo. Valentin consideraba su cerebro de detective tan bueno como el del criminal, cosa que era cierta. Pero se daba perfecta cuenta de su desventaja. «El criminal es el artista creativo; el detective sólo el crítico», dijo con una sonrisa amarga; se llevó la taza a los labios lentamente..., y volvió a dejarla en la mesa enseguida. Le había echado sal.

Observó el recipiente de donde había salido el polvo plateado; sin duda era un azucarero, tan inconfundiblemente pensado para contener azúcar como una botella de champán para contener champán. Se preguntó por qué lo habrían llenado de sal. Echó un vistazo para ver si había algún otro recipiente más ortodoxo. Sí, había dos saleros bastante llenos. Tal vez hubiese algún otro condimento en los saleros. Lo probó: era azúcar. Luego, con interés renovado, le echó un vistazo al restaurante en busca de otros indicios de aquel singular gusto artístico que ponía azúcar en los saleros y sal en los azucareros. Salvo por una extraña salpicadura de un fluido oscuro que había en una de las paredes empapeladas de blanco, el lugar parecía limpio, alegre y normal. Pulsó el timbre para llamar al camarero.

Cuando el empleado llegó desgreñado y con los ojos enrojecidos a aquella hora temprana, el detective (que no dejaba de apreciar las formas de humor más sencillas) le pidió que probara el azúcar y viera si estaba a la altura de la famosa reputación del restaurante. El resultado fue que el camarero bostezó de pronto y se despertó.

—¿Gastan ustedes a sus clientes esta broma tan fina cada mañana?—preguntó Valentin—. ¿No les aburre cambiar el azúcar por la sal?

El camarero, cuando la ironía se hizo más evidente, le aseguró balbuciendo que no era ésa la intención del establecimiento y que debía de tratarse de algún error de lo más

curioso. Cogió el azucarero y lo miró, cogió el salero y también lo miró, mientras su rostro iba adoptando una expresión cada vez más perpleja. Por fin, se excusó bruscamente, desapareció a toda prisa y volvió a los pocos segundos con el propietario. El propietario también inspeccionó primero el azucarero y luego el salero; también parecía perplejo.

De pronto, el camarero pareció volverse más incoherente y farfulló:

—Creo—balbució—, creo que han sido los dos curas.

—¿Qué dos curas?

—Los dos curas—repitió el camarero—que salpicaron de sopa la pared.

—¿Salpicaron de sopa la pared?—preguntó Valentin, convencido de que debía de tratarse de alguna metáfora italiana.

—Sí, sí—dijo nervioso el sirviente, y señaló la salpicadura oscura en el papel blanco—, la echaron contra la pared.

Valentin le preguntó con la mirada al propietario, que acudió en su ayuda con un informe más completo.

—Sí, señor, es cierto, aunque no creo que tenga nada que ver con lo del azúcar y la sal. Vinieron dos curas y tomaron sopa muy temprano, nada más abrir. Los dos eran muy tranquilos y respetables, uno de ellos pagó la cuenta y se marchó, el otro, que parecía un poco más lento, tardó unos minutos en recoger sus cosas. Pero por fin se fue. Sólo que, justo antes de salir a la calle, cogió su taza, que sólo había vaciado a medias, y echó la sopa contra la pared. Yo estaba en la trastienda, y el camarero también, así que, cuando salí, me encontré con la pared salpicada y el restaurante vacío. No causaron daños mayores, aunque maldita la gracia que tiene, así que traté de alcanzarlos en la calle. Pero ya estaban demasiado lejos, lo único que vi es que doblaban la esquina hacia Carstairs Street.

El detective estaba en pie con el sombrero puesto y el bastón en la mano. Ya había decidido que, en la oscuridad

universal de su imaginación, sólo podía seguir el primer indicio extraño que encontrase, y aquel indicio era lo bastante extraño. Pagó la cuenta, cerró tras él la puerta de cristal de golpe y pronto estuvo doblando la esquina de la otra calle.

Era una suerte que, incluso en momentos tan febriles, su mirada fuese fría y aguda. Algo en el mostrador de una tienda le llamó la atención como un fogonazo y se volvió para mirarlo. La tienda era una popular verdulería y frutería que exponía la mercancía claramente rotulada con el nombre y el precio al aire libre. En las dos cajas más grandes había dos montones de naranjas y nueces respectivamente. Sobre el montón de nueces había un trozo de cartón en el que estaba escrito claramente con tiza azul: «Mandarinas de primera, dos por un penique». En las naranjas había otra descripción igualmente clara y exacta: «Nueces del Brasil de primera calidad, 4 peniques medio kilo». M. Valentin miró los dos letreros y pensó que ya se había topado con aquel sutil sentido del humor antes, y no hacía mucho. Llamó la atención del rubicundo frutero, que miraba calle arriba y abajo con hosquedad, sobre la inexactitud de sus anuncios. El frutero no dijo nada, pero puso bruscamente cada letrero en su sitio. El detective se apoyó con elegancia en su bastón y siguió escudriñando la tienda. Por fin dijo:

—Le ruego que perdone mi aparente impertinencia, señor, pero querría plantearle una pregunta sobre psicología experimental y la asociación de ideas.

El tendero rubicundo le lanzó una mirada amenazadora, pero Valentin siguió balanceando alegremente su bastón.

—¿Por qué—prosiguió—, por qué hay dos letreros mal colocados en una verdulería, como un sombrero de teja venido a Londres de vacaciones? O, en caso de que no esté siendo lo bastante claro, ¿cuál es la asociación mística que relaciona la idea de unas nueces etiquetadas como naranjas con la idea de dos curas, uno alto y otro bajito?